

## 1. El problema

Mi búsqueda de Corvo empezó accidentalmente una tarde del verano de 1925, hallándome en compañía de Christopher Millard. Estábamos sentados en su pequeño jardín, holgazaneando y hablando de los libros que no alcanzan los elogios e influencia que se merecen. Mencioné *Wylder's Hand*, de Le Fanu, una obra maestra en lo que a la trama se refiere, y las *Fábulas fantásticas* de Ambrose Bierce. Tras una pausa, sin hacer ningún comentario sobre mis ejemplos, Millard me preguntó:

—¿Has leído *Adriano VII*?

Le confesé que no y ante mi sorpresa ofreció prestarme su ejemplar. Digo que ante mi sorpresa porque mi compañero prestaba sus libros en muy raras ocasiones y siempre de mala gana. Pero, sabiendo de la amplitud de sus conocimientos sobre literatura poco común, acepté sin titubear y, al hacerlo, di el primer paso por una senda que me llevaría a sitios muy extraños.

Millard aparece más de una vez en esta historia, por lo que no estará de más que haga una breve digresión para hablar de él. De hecho, me complace rendir estas palabras de tributo a su memoria, pues para mí, que a la sazón vivía en el campo por gusto y en Londres por mi profesión, él era

una de las compensaciones del vivir en la ciudad, como debió serlo también para muchos otros. Su carácter extraño y singular forma de vivir ofrecían un sinfín de contradicciones y problemas al observador inteligente. Sin embargo, casi en cualquier momento del día o de la noche, podía contar con él para obtener un poco de conversación literaria y un vaso de *valdepeñas*. El espíritu de contradicción era tal vez el más constante de sus atributos. En Oxford se mofaba de las autoridades con sus ruidosas locuras. Siendo joven todavía, se convirtió en acérrimo jacobita y cada año acudía ostentosamente a depositar una rosa blanca a los pies de la estatua del rey Carlos I, al tiempo que consideraba al príncipe Ruperto de Baviera su legítimo soberano. Años más tarde se hizo ardiente socialista, lucía corbatas llameantes y (ante el pasmo de los palurdos) cantaba *Bandera roja* a pleno pulmón en las apacibles posadas del campo. Con todo, a pesar de sus bufonadas, sacó muy buenas notas en Oxford, a pesar de sus sentimientos jacobitas, luchó con gran lealtad por el rey Jorge y sus opiniones socialistas no le impidieron ser la encarnación de la mayor parte de las virtudes conservadoras.

Su historia era triste, aunque jamás te obligaba a escucharla. Había tenido muchos empleos, realizando siempre su trabajo de modo competente. Uno tras otro ocupó el puesto de director de escuela, subdirector de la *Burlington Magazine*, secretario de Robert Ross y funcionario en el Ministerio de la Guerra. Bajo el seudónimo de Stuart Mason recopiló una bibliografía de los escritos de Oscar Wilde y con su propio nombre firmó un catálogo de la obra de Lovat Fraser. Ambas cosas son modélicas en su género. Pero lo que en Oxford habían sido locuras se convirtió en hechos delictivos más adelante, lo que hizo que sobre él cayera el peso de la ley. A decir verdad, fue su estancia en la cárcel lo que le instruyó en el socialismo y despertó en él simpatías por los

trabajadores. Después de la guerra se dedicó, en pequeña escala, al comercio de libros curiosos y poco frecuentes, lo cual le permitía vivir con la ayuda de una pequeña pensión y las cien libras que le había dejado en herencia su amigo Ross. Sin embargo, era (habida cuenta de quien era) penosamente pobre. Vivía completamente solo (a menos que cuenten como compañía los pajarillos que alimentaba) en una casita de una sola planta escondida detrás de una villa victoriana en Abercorn Place. Para llegar a su casa había que bajar unas escaleras y dar la vuelta a la villa. Su morada consistía en una sala de estar (con unos estantes para libros copiados de los de Aubrey Beardsley) en la que guardaba sus existencias, un pequeño dormitorio, con las paredes llenas también de libros, una habitación diminuta que hacía las veces de cocina y cuarto de baño y un cobertizo o refugio en el que dormía al aire libre cuando hacía buen tiempo.

Si Millard hubiese podido mantener esta casita sin preocupaciones económicas, habría sido completamente feliz. Pero, aunque sus gustos eran sencillos, se trataba de esa sencillez que solamente se satisface a base de cosas buenas. Solía comprar salmón para la cena y él mismo se lo preparaba en casa. Pero tenía que ser salmón escocés y de primera calidad. Un poco de pan y queso le bastaba para el almuerzo, pero el queso tenía que ser un *stilton* selecto. La cerveza moderna era su desespero y aborrecía en igual medida la carne importada y las cuentas a crédito. En cuestión de vinos era menos exigente: iba tirando con un *valdepeñas* razonable que compraba a bajo precio en casa de un amigo suyo que era comerciante en vinos y que bebía en cualquier momento en que le apeteciera. De hecho, a pesar de su gran pobreza, se las arreglaba para vivir casi como le daba la gana. Se levantaba temprano o tarde y holgazaneaba o se ponía a trabajar, según del humor del que estuviera. Cuando vendía

bien un libro y sacaba algún beneficio vivía la mar de contento hasta que se le acababa el dinero. Y sólo entonces se dedicaba a buscar más. Gran parte de su tiempo lo empleaba en escribirse con literatos americanos, con los que trataba cuestiones de investigación bibliográfica: su apetito y aptitud para ese pasatiempo era propios del siglo XVIII. Pero hiciese lo que hiciese, lo dejaba inmediatamente para conversar con un amigo y su amor por la poesía, así como sus profundos conocimientos de literatura inglesa del siglo XIX, hacían que su conversación me resultase particularmente agradable.

En persona, este filósofo natural era realmente notable. Medía más de metro ochenta, iba siempre sin sombrero y vestía camisa azul oscuro, pantalones de franela gris y una chaqueta verde (prendas que él mismo zurcía y remendaba cuando hiciera falta). Tenía un aire de dignidad que jamás le abandonaba. Una voz grave y una cabellera abundante, canosa y rizada adornaban a su resuelto portador. Tal vez fuera el hombre más seguro de sí mismo que jamás haya conocido. Ciertamente era el que mejor se bastaba a sí mismo: no solamente vivía solo, sino que él mismo se hacía la cama, lavaba los platos, se preparaba la comida y creo que a veces incluso se confeccionaba la ropa. Resultaba un personaje extraño en el Londres moderno, pero así era el hombre a quien debo mis primeros conocimientos de la vida y obra del barón Corvo. Lástima que no vivió lo suficiente para conocer el final de la historia.



La portada de *Adriano VII*, fechada en 1904, proclamaba que era obra de Fr. Rolfe, de quien nunca había oído hablar. Empecé a leer el libro lleno de curiosidad sobre qué habría

hecho que Millard se apartase de su principio en el sentido de que quien quiera leer un libro debería comprarse un ejemplar. Pero antes de haber leído veinte páginas, mi curiosidad se convirtió en algo más profundo: gratitud hacia Millard por habérmelo recomendado. Sentí esa agitación interior que a todos nos permite reconocer una experiencia nueva que nos transforma. Tan pronto acabé la historia, volví a leerla de cabo a rabo y vi que mi primera impresión salía mejorada. Me pareció entonces, y me lo parece todavía, uno de los logros más extraordinarios de la literatura inglesa: un logro pequeño, sin duda, pero, pese a ello, una proeza literaria de difícil parangón. Era original, ingeniosa, obra evidentemente de un literato nato, llena de frases y escenas magistrales, casi asombrosa por lo que revelaba sobre una personalidad viva y tremendamente original.

De la ausencia de cualquier indicación en sentido contrario en la portada de la maltrecha primera edición que me había prestado Millard, deduje que este notable experimento novelístico era el primer libro de su autor, cuando menos su primera novela. Aunque bien concebida y ejecutada, la trama denota en ciertos detalles que el libro es fruto de una mano inexperta, carente de práctica. Sin embargo, la historia es asombrosa por su profundidad y fuerza y sale bien librada del resumen que necesariamente voy a hacer para dar una idea del efecto que causó en mí al leerla por primera vez.

El «Prooimion» nos presenta a George Arthur Rose tratando vanamente de trabajar mientras permanece casi postrado a causa del dolor que siente en un brazo diez días después de ser vacunado. Su profesión es la de escritor y, a juzgar por la detallada descripción de sus bienes y ambiente que se hace a continuación, resulta creíble y a la vez claro que este hombre pobre, solo, misántropo, que sufre en su

pequeña vivienda de las afueras, es un individuo notable y a la vez un autor que lucha en pos del éxito. Son muchos los personajes literarios creados con el propósito de grabar este convencimiento en la mente del lector. Muy pocos lo consiguen. Pero George Arthur Rose, sufriendo el dolor como sufriría por una afrenta personal, sentado en su sillón bajo y adornado con ajados brocados, con un tablero de dibujo apoyado en las rodillas, y su gatito amarillo dormido sobre el tablero; con dos maquetas de libro a mano, uno con compendio de locuciones transcritas con su arcaica caligrafía, el otro un diccionario particular recopilado a base de formar palabras compuestas de griego y latín y destinado a enriquecer su vocabulario (que incluye compuestos «sencillos aunque preñados» tales como «hibrista» y «gingilismo»; que cuenta los infinitivos mal escritos en el periódico del día mientras cena a base de sopa, alubias y una manzana al horno; que guarda cuidadosamente las colillas para desmenuzarlas y liar un cigarrillo cuando ha reunido suficientes; cuya repisa de chimenea contiene, entre otras cosas raras, las tarjetas de cinco agentes literarios y otra con la inscripción *Verro precipitevolisseevolmente*; las ventanas de cuya buhardilla están siempre abiertas de par en par; que vive esperando lleno de terror que el cartero llame a su puerta; este hombre cobra inmediatamente vida en las páginas de Fr. Rolfe y lo hace por el mejor de todos los motivos (como descubrí posteriormente): porque era Fr. Rolfe en persona.

La acción empieza con la visita inesperada que hacen a este excéntrico empobrecido un cardenal y un obispo. En la larga y electrizante conversación que tiene lugar seguidamente se hacen evidentes muchas cosas. George Arthur Rose es católico y ha visto rechazadas sus aspiraciones al sacerdocio. Todavía le escuece la amarga injusticia de que fue víctima veinte años antes, cuando sus superiores decidieron en

contra de su vocación. Sin embargo, Rose nunca ha dejado que vacilara su confianza personal en esa llamada que sus correligionarios católicos no han reconocido ni tolerado. Tras ser despedido bajo sospecha del seminario, se las ha arreglado como ha podido para ir tirando, aunque una y otra vez ha sufrido la traición de amigos que compartían la misma fe. Así y todo, al cabo de veinte años, sostiene incólume la creencia de que la vocación divina le llama al sacerdocio y está firmemente decidido a cumplirla. Todo esto se le da a entender al lector en el curso del combate de esgrima verbal que Rose libra con los dos sacerdotes y que el autor lleva con una habilidad que poco tiene que envidiar a Meredith en la plenitud de sus facultades. La figura felina de Rose, dolorido, suspicaz, pronto a ofenderse por cualquier palabra despreciativa, con un convencimiento inamovible de la justicia de su causa, cobra vida y se mueve ante nuestros ojos y podemos oír su voz.

Se descubre el motivo de la visita eclesiástica. Un amigo de George Arthur Rose se ha arrepentido tardíamente y, consciente del vergonzoso tratamiento que se le dio, ha instado la reconsideración del caso. Viéndose forzado de tal modo a examinar un asunto ya olvidado, el cardenal se sorprende al ver la fidelidad hacia la llamada que Rose ha mantenido durante tanto tiempo y se convence a su vez de que se cometió una gran injusticia veinte años antes, cuando se le negaron las órdenes sagradas a alguien que desde entonces, por medio de su devoción, ha demostrado bien a las claras que las merecía. Así pues, el cardenal ha venido a dar cumplida, aunque tardía, satisfacción y a invitar al proscrito a que se prepare para ser recibido en las filas del clero.

Rose, que durante la larga entrevista ha sido en todo momento la figura dominante, recibe la propuesta con una magnífica frialdad. Pone condiciones. Exige un reconoci-

miento por escrito de las injusticias que se le han hecho, así como una suma de dinero igual a la que ha perdido trabajando sin cobrar para católicos que lo han estafado. El cardenal se muestra conforme y ambas cosas se le conceden. Y entonces, por fin, Rose abandona su gélida reserva. Arroja a las llamas el reconocimiento de las injusticias de que ha sido víctima, pues, según dice, no desea que quede constancia de la humillación de su superior, y devuelve la mitad de la suma que le han pagado como indemnización, destinándola a obras de caridad. Queda en presentarse al día siguiente para recibir de manos de su eminencia las cuatro órdenes menores.

—Mientras tanto, iré a darme un baño turco, me compraré un alzacuello y me dedicaré a pensar que he vuelto a mi nueva, no, a mi *vieja* vida.

Así termina una de las entrevistas más originales de la literatura de ficción.

La conclusión del capítulo resulta no menos original. Nos colocamos entre bastidores y presenciemos cómo el candidato es recibido en el sacerdocio. Palabra por palabra oímos su confesión y examen. Oímos expresar sus pensamientos íntimos, su declaración de fe, y con él recibimos la bendición: «*ego te absolvo ꝛ in nomine patris et filii et spiritus sancti. Amén. Vete en paz y ruega por mí*». Los preliminares transcurren sin ningún tropiezo y el novicio va a decir su primera misa en la capilla privada, con el obispo en calidad de auxiliar y el cardenal en calidad de ministro. Después de la tormenta, esto es en verdad la paz y la calma para el hombre injustamente tratado.



De pronto la escena se traslada a Roma, donde el cónclave papal se halla reunido para elegir nuevo papa. También aquí encontramos una descripción que, si bien no es única,

sí es poco frecuente en la literatura inglesa. Se nos cuenta minuciosamente, escrutinio tras escrutinio, el procedimiento que se sigue; se nombra a los cardenales que toman parte y se indica el resultado de las votaciones. Pese a mi desconocimiento de la moderna historia de la religión, a medida que fui leyendo me figuré, acertadamente, que muchas de aquellas figuras hábilmente bosquejadas eran el retrato de hombres que existían de verdad.

Después de numerosos intentos fallidos, se sigue en un punto muerto: ningún miembro del Sacro Colegio ha logrado la mayoría necesaria. Habiendo fracasado la vía de escrutinio, se adopta la vía de compromiso: se eligen al azar nueve cardenales en calidad de compromisarios y se les inviste de «poder absoluto y facultad para proveer de pastor a la Santa Iglesia Romana». Pese a todo, se enfrentan a intereses opuestos que les impiden tomar una decisión; sigue reinando la incertidumbre sobre la conveniencia de los cardenales restantes (los nueve compromisarios, al aceptar este cargo, han renunciado a sus posibilidades). Interviene la Providencia. Al cardenal inglés le choca el parecido de Rose con uno de los compromisarios y narra la historia de la sorprendente persistencia en su vocación a pesar de las estrecheces y tribulaciones de veinte años. La historia causa profunda impresión, mucho más profunda de lo que prevé su narrador. A quienes oyen el relato de sus tribulaciones y de su constancia Rose les parece algo más que barro mortal.

—A ese hombre se le debe el ser propuesto para el papado —dice uno de los oyentes.

Y de aquí que el que durante tanto tiempo se vio rechazado se convierte ahora en la primera piedra: George Arthur Rose es elegido papa.

Puede que, al leer este resumen, este giro de la historia parezca más improbable de lo que Rolfe pretende al pre-

sentarlo. Pero Rolfe posee habilidad para resolver el problema de hacer que algo tan improbable parezca todo lo contrario. Cuando Rose, que ha sido llamado a Roma por el cardenal, sin saber lo que le aguarda, se entera con asombro de que la elección ha recaído en él, también el lector se ve agradablemente sorprendido, pues aunque se le ha contado minuciosamente la vía de escrutinio y la necesidad de recurrir a un compromiso, se le oculta el secreto de la elección, del mismo modo que se le oculta a Rose, hasta que éste, en la penumbra de la Capilla Sixtina, oye que una voz intensa recita (en latín) la pregunta:

—Reverendo Señor, el Sacro Colegio os ha elegido para ser el sucesor de san Pedro. ¿Aceptáis el pontificado?

Ahora empieza lo gracioso. Pese a lo inesperado de la transformación, Rose se adapta en el acto y muestra su voluntad de gobernar. No siente ni asomo de timidez ante la extraordinaria dignidad que se le confiere y se comporta con enigmática ecuanimidad durante la larga ceremonia de la consagración. Al serle conferido el anillo episcopal, incomoda a los cardenales exigiendo una amatista en vez de la esmeralda que le ofrecen. Al preguntársele qué nombre pontifical desea escoger:

—Adriano VII —fue la respuesta pronunciada con voz a la vez firme y reservada.

—¿Tal vez su Santidad preferiría llamarse León, o Pío, o Gregorio, siguiendo la costumbre moderna? —preguntó con imperiosa suavidad el cardenal diácono.

—El anterior pontífice inglés fue Adriano IV; el actual pontífice inglés es Adriano VII. Ello nos place y, por consiguiente, así nos lo ordenamos.

No hubo más qué decir.

El siguiente paso que da Adriano consiste en exigir que se abra una ventana tapiada que da sobre la ciudad, una de las

que se tapiaron en 1870 a raíz de la disputa entre el papa y los poderes temporales y que nunca ha vuelto a abrirse. Y se abre, a pesar de las protestas de los cardenales, y desde ella una figura que parece diminuta, vestida de plata y oro, radiante bajo la luz del sol, concede la bendición apostólica a la ciudad y al mundo.

No hace falta seguir detalladamente las sinuosidades de la historia hasta llegar al final. Durante las dos décadas de miseria, George Arthur Rose, forzado a replegarse sobre sí mismo, ha tenido tiempo de sobras para poner en claro sus teorías y deseos. Ahora se le ofrece la oportunidad de ponerlos en práctica. Y lo hace. Rompe con la obligación, que los papas se habían impuesto, de permanecer dentro de los muros del Vaticano caminando en procesión hasta el lugar de su coronación. Deja atónito al mundo entero con una *Epístola a todos los cristianos* y también con una bula en la que, basándose en lo de «mi reino no es de este mundo», renuncia formal e incondicionalmente a todo derecho de soberanía temporal. Denuncia el socialismo y el principio de igualdad en una *Epístola a los ingleses* y, para demostrar aún más el carácter no mundano que debe distinguir el vicario de Dios, vende los tesoros del Vaticano por una inmensa suma, que luego da a los pobres. No es lo menos interesante de esta parte del libro la audiencia que concede al embajador italiano con el fin de comentar el futuro político del mundo. Algunas de las conjeturas hechas por Fr. Rolfe distaron mucho de dar en el blanco, pero al verlas desde lejos, como hice al cabo de veinte años, se advertía claramente la agudeza que en realidad tienen sus observaciones.

Evidentemente, resulta difícil poner punto final a semejante historia, y Fr. Rolfe, con menor plausibilidad que en otras partes de su fantasía, recurre a las maquinaciones de una mujer burlada y de un corrompido agitador socialista. La

conspiración que urden los dos, cuyo principal objetivo es un chantaje basado en lo que saben de un período anterior de la vida de Adriano, se ve frustrada y el chasqueado camarada, en un acceso de rabia, dispara contra el papa cuando éste vuelve al Vaticano. “Cómo brillaba la luz del sol sobre las piedras grises y cálidas, sobre la sazónada piel de los romanos, sobre el bermellón y el lavándula y el azul y el armiño y el verde y el oro, sobre el negro indecente y grotesco de dos manchas, sobre el blanco apostólico y la rosa de sangre.” Las palabras finales son dignas de su autor: “Rogad por el reposo de su alma. Estaba tan cansada”.



El estilo en que está escrita Adriano VII es apenas menos notable que la historia que en ella se nos cuenta. Fr. Rolfe comparte con su héroe la predilección por las palabras compuestas y las páginas están adornadas con invenciones o adaptaciones tales como «tolutilocuencia», «contottuplicado», «encoronación», «nocurante», «ocesión» y «digladiador». Al construir sus oraciones, coloca los adverbios tan lejos como puede delante de ambas partes del verbo y, aunque a menudo cae en cultismos y latines, no desdeña incluir en sus rebuscado párrafos los giros más vulgares. Pero estas peculiaridades no lo privan de una verdadera elocuencia, tal como la que emplea, por ejemplo, al descubrir la visita privada que Adriano hace a San Pedro:

Cruzaron innumerables pasadizos y bajaron escaleras, saliendo a una capilla donde ardían las luces alrededor de un tabernáculo de bronce dorado y lapislázuli. Aquí se detuvo mientras su escolta abría las puertas del cancel. Una vez cruzado éste, hizo que la guardia regresara a sus puestos, pero él se adentró en la vasta oscuridad de la basílica. Caminaba muy despacio, como si tuvie-

ra los ojos envueltos en terciopelo negro, tan intensas e inmensas eran las tinieblas. Entonces, muy lejos, hacia la derecha, vio brillar tenuemente lo que parecía una guirnalda de estrellas; en el suelo parecían estar. Estaba en la poderosa nave y las estrellas eran las lámparas inextinguibles que rodeaban la confesión. Lentamente se aproximó a ellas. Al pasar cerca de ellas, cogió una de su brazo de oro y descendió los peldaños de mármol. Aquí extendió el manto en el suelo, colocó la lámpara al lado y se puso a orar. Fuera, en la ciudad y en el mundo, los hombres jugaban, o trabajaban, o pecaban, o dormían. Dentro, en la misma tumba del apóstol, el apóstol oraba.

Y Fr. Rolfe posee también el secreto de una brillantez en *staccato*, de oraciones que dicen tanto como los párrafos de otros autores, de expresiones como «aquella voz fría y candente que era más cáustica que el nitrato de plata y más escalofriante que un alarido»; «multitudes misceláneas pavimentaban los espacios con ojos tumultuosos»; «tienen buena intención, pero todo lo que buscan es, al parecer, servir a Dios apaciguando a Mammón».

Quizás por encima de todas las sorpresas de Adriano VII debería colocar la revelación de un temperamento que en el libro se nos hace. Adriano, tal como nos lo presenta su creador, es un superhombre en el que nos vemos obligados a creer. La índole felina de sus réplicas mordaces, su fácil dominio de las palabras, la amplitud de su visión, la noble espiritualidad de sus creencias y de su porte, su mezcla de orgullo y humildad, de dulce caridad y despiadada reprobación de los errores, su sensibilidad ante la forma y odio por la fealdad, su firme y conmovedora confianza en Dios y en sí mismo; todas estas cosas se unen para crear un personaje de tan difícil paralelo como la historia de sus hazañas.

